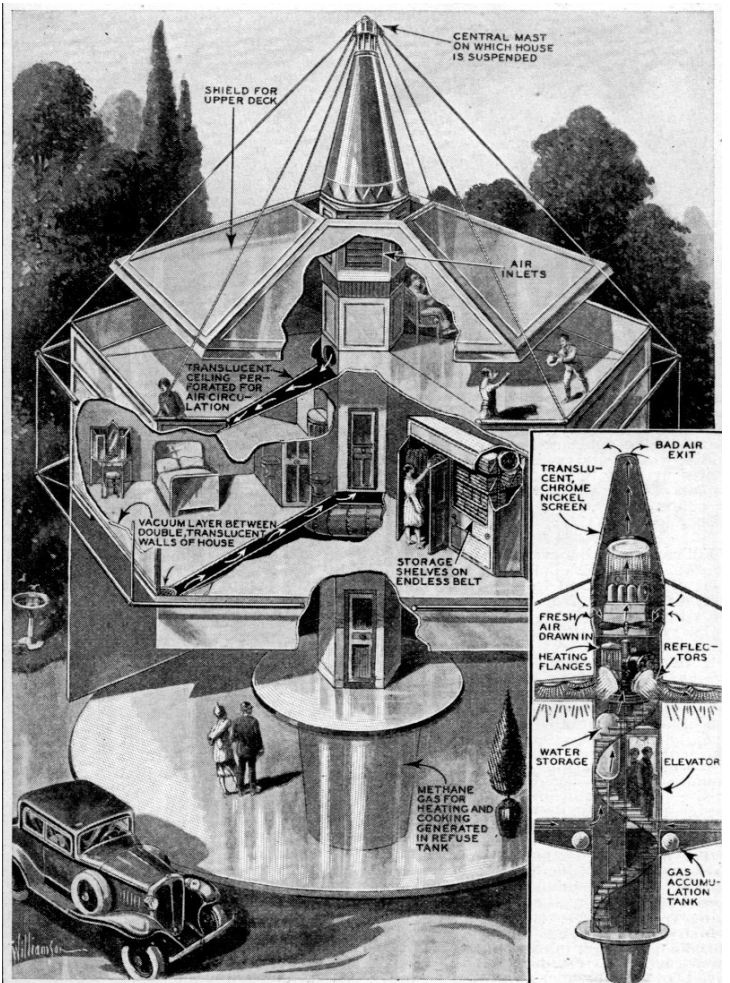


# La libertad de la arquitectura

D. B. Hull

ETSAB — 12/20

breus  
breves



Hace cincuenta años, Louis Sullivan dijo que “la forma obedece a la función”, y parecía quedar explícito, aunque él no lo especificara así, que el proyecto de arquitectura debía basarse, como el de ingeniería, en la lógica y en la razón, de modo que las formas de los edificios debían quedar determinadas por las funciones para las que se iban a usar y por las normas estructurales con las que iban a construirse. Esta idea no era nueva. El arquitecto romano Vitrubio ya sugirió lo mismo hace muchos años, aunque sus escritos, naturalmente, no fueran muy leídos después.

La frase de Sullivan conquistó el furor popular. La época estaba predispuesta a las nuevas ideas a causa de la confusión romántica que desmoralizó el mundo del arte al final de la época georgiana. Volvía una época de la razón, y la idea del funcionalismo entusiasmó a mucha gente como una promesa de un mayor racionalismo. El hecho, que escapó a sus contemporáneos, fue que Sullivan era un puro romántico enemigo del clasicismo y que su obra no fue tan racionalista y funcional como parecía, quizá porque su romanticismo no iba hacia un nostálgico anhelo del pasado, sino que aparecía dirigido al futuro.

De cualquier modo, el moderno movimiento se aceptó como una promesa de que llegaban los días de una arquitectura mejor y más lógica. Los estudiantes de finales del siglo XIX, aunque formados en los métodos de la *École des Beaux Arts*, estaban imbuidos de la idea funcionalista, y como todos los pueblos jóvenes y sanos aceptaban de corazón las ideas nuevas y progresistas. Éstas tomaban realidad en ellas porque reflejaban los enormes progresos de la tecnología de la edificación. El acero, el hormigón armado, el cristal, se empleaban en formas insospechadas para las generaciones anteriores. Los edificios se calefactaban mediante calderas colectivas, en lugar de las chimeneas o las estufas individuales. Las habitaciones se ventilaban por aire forzado, a través de tuberías, en lugar de hacerlo abriendo las ventanas. Era posible subir de un piso a otro por ascensores rápidos, que sustituían eficazmente a las escaleras. Parecía, pues, lógico y razonable crear un nuevo estilo arquitectónico alrededor de la nueva técnica.

Los estudiantes que por estas razones aceptaron la tesis del funcionalismo, en su mayoría usaban el antiguo lenguaje familiar, adaptando los detalles tradicionales a las necesidades de cada edificio. Los más célebres arquitectos de la época hacían exactamente esto mismo, y ello sirvió para originar una corriente uniforme de creación arquitectónica.

Sin embargo, la frase de Sullivan persistía, y este camino acabó por ser rechazado. La función actual no tenía nada que ver con las formas pretéritas. El funcionalismo y la tradición no podían coexistir. Las columnas, los arcos, las molduras se estigmatizaron como arcaicos, reaccionarios y malos. A pesar de que eran respetables, bellas y honestas formas que habían servido durante siglos a través de civilizaciones y culturas, que variaron desde la democracia hasta el absolutismo.

Al mismo tiempo que el funcionalismo prohibía la arquitectura tradicional, la arquitectura moderna procedía de manera irracional e ilógica, en contradicción con su propia propaganda. El arquitecto Buckminster Fuller proyecta su Dymaxion House, en la que los pisos neumáticos están suspendidos, mediante cables de acero, de un mástil central, y los muros de fachadas se forraron con plástico transparente. Fue un proyecto absurdamente irracional, pero cuya calidad mecánica lo hacía aparecer fascinante. Simbolizó el camino en el que estaba dirigiéndose la arquitectura moderna.

Este carácter mecanicista, tan señalado en la Dymaxion House, en la obra de Mies van der Rohe y muchos otros, confirma la falsedad del puro principio funcionalista que nos ofreciera el romántico Sullivan.

El romanticismo no es necesariamente un pecado artístico, pero es preciso reconocer que sus efectos sobre la arquitectura han sido siempre desastrosos en el pasado, y en su forma presente es nihilista. En el siglo XVI el barroco fue una manifestación de esta clase. El conocimiento de las épocas clásicas durante el renacimiento fue tan grande que el romanticismo no pudo resistir más. Se salió de las normas y actuó sólo con el capricho y la fantasía. De ello, con contadas excepciones, ha quedado poco de interés.

En el siglo XIX viajar se hizo cómodo y sencillo, y enseguida la fotografía dio la posibilidad de conocer el mundo sin moverse de su casa. Toda la producción artística mundial, y no sólo el limitado arte grecorromano, se le ofreció al arquitecto en su estudio. La antigua China, la India, las ciudades mayas de Centroamérica, estaban a su disposición. Como consecuencia reinó una tremenda confusión, y la reacción a este estado de cosas se presentó, románticamente, inspirada por J. J. Rousseau en un retorno a la Naturaleza.

De este modo continuamos, aunque la forma de nuestro romanticismo esté apoyada fundamentalmente en la ciencia y la máquina. El laboratorio y el hombre de ciencia

son el templo y el sacerdote de esta nueva religión. Pero la ciencia es estrictamente contemporánea. Nada contiene más falsedades que un libro de texto de medicina de hace unos cuantos años. Por ello, la arquitectura de hoy no puede expresar más que el hoy, y cualquier sugestión del pasado le está prohibida.

Cómo el presente puede existir sin el pasado, es algo difícil de imaginar. Si quisiéramos mutilar el idioma inglés, quitándole todas las palabras de ascendencia griega, nuestra conversación languidecería. Si después eliminásemos las de origen latino, y a lo que resta, las anglosajonas y las normandas francesas, quedaríamos en silencio o produciendo ruidos extraños acompañados de vez en cuando por palabras técnicas. La arquitectura moderna es algo muy parecido a esto que ahora se ha expresado: quizá sea ésta una de las razones por las que el hombre de la calle, el médico, el abogado, el político, el ama de casa, no entienden nada de esta arquitectura moderna. En nombre de la libertad los modernistas proponen cooperar al tesoro artístico de todos los tiempos con sustracciones y mutilaciones.

La arquitectura moderna es un movimiento de escape, de fuga. La libertad se ha hecho intolerable. Los modernistas subyugan el recuerdo y obligan al culto de la ciencia. Se arrojan para sí mismos el derecho de interpretar el espíritu de la época, no sólo enfrente de todos sus contemporáneos no profesionales que no entienden ni gustan de sus obras, sino de muchos de sus compañeros de profesión, a los que niegan el derecho a la vida arquitectónica.

Los tiempos cambian. El arte moderno de hoy es el antiguo de mañana. El moderno romanticismo ha hecho mucho daño, pero ha producido un buen servicio. Nos ha llevado a constatar que los estudios de arqueología no son la misma cosa que los proyectos de arquitectura y que corrección no es creación. La tradición es necesaria, pero hay que tener presente que es sólo un buen criado, pero un muy mal amo; únicamente son permanentes los principios de composición derivados de la experiencia y del estudio de los éxitos del pasado. La mentira ya ha dado sus frutos. Ha llegado el tiempo de la verdad.

Journal of the American Institute  
of Architects. Junio de 1951

ETSAB breus — breves és una  
col·lecció de lectures editada per:

**ETSAB** Escola Tècnica  
Superior d'Arquitectura  
de Barcelona